

Diálogo intercultural con docentes

Ángel Manzo Montesdeoca

La demanda laboral me trasladó a la Amazonía ecuatoriana, específicamente a la ciudad de Tena, tierra de canela y guayusa. Ahora mis estudiantes no son los egresados del bachillerato, sino profesores de distintas escuelas y colegios que acceden al programa de profesionalización de la UNAE, para obtener el grado de tercer nivel, su licenciatura. Mi ubicación geográfica cambió, de una ciudad bulliciosa y con amplio movimiento, como Guayaquil, me trasladé a una pequeña y apacible, donde me despiertan los sonidos de las aves y las verdes montañas nubladas con lluvias imponentes. Mi dieta, distancias, ritmos y algunos hábitos cambiaron. Los efectos de estar en un nuevo contexto se hicieron evidentes.

Llegó el momento del encuentro con mis nuevos estudiantes. Siempre he considerado que el ejercicio de la educación implica una dinámica de poder ineludible y que depende de cómo se usa. La figura de un profesor siempre representa autoridad, pero ¿qué sucede cuando los estudiantes también son profesores, es decir, cuando sufren del mismo delirio de autoridad? Al entrar al aula, no se comienza de cero, siempre se parte de una relación de desigualdad que es clave entender y manejar, para construir un verdadero encuentro intercultural. Es aquí donde la interculturalidad acontece como diálogo, en este caso, uno entre un profesor mestizo y estudiantes nativos y lo que esta convergencia implica. Este es el hilo conductor de las siguientes líneas.

Los aportes generados por la interculturalidad permiten disponer de perspectivas críticas y desarrollar recursos psicológicos para entender la propia práctica educativa y las relaciones

de poder presentes en la dinámica profesor-estudiante. Y es que la educación requiere de una buena relación para fluir, porque toda educación es, ante todo, un encuentro, una apertura, un acto de amor. Un docente, por más capacidad y dominio que disponga de su cátedra, si es antipático, imponente, intolerante y no sabe conectar con su clase, producirá un bloqueo que podría afectar el aprendizaje. Es innegable que el aprendizaje fluye mejor, a través del encanto, simpatía y cordialidad.

La palabra interculturalidad indica una relación entre sujetos y fuerzas, una consideración de las relaciones y las interacciones de personas o identidades (Preiswerk, 2011). Invita a asumir que grupos, personas, instituciones, sociedades y culturas interactúan, se influyen mutuamente en formas desiguales. La interculturalidad es una manera de relacionarse, ver a los otros y de autointerpretarse tomando en cuenta la visión que el otro aporta al sujeto. En este sentido, lo intercultural va más allá de la multiculturalidad y la pluriculturalidad. Se trata de una actitud y una opción de vida “una filosofía si se quiere, una forma de vivir, o, mejor dicho, de convivir” (Sánchez, 2010, p. 15).

En su definición más sencilla, interculturalidad es un intercambio cultural, no únicamente una convivencia de diversidad, sino la plena interacción en igualdad y mutuo enriquecimiento entre sí y los demás. Es aquí cuando la interculturalidad se asume como una apuesta de revisión crítica de toda la sociedad, para que en el dinamismo de los encuentros se propicie el diálogo de los saberes y las personas puedan interactuar y nutrirse de las otras culturas, superando los prejuicios del paradigma colonial que impera en toda la mentalidad y los imaginarios (Kowii, 2011).

Walsh (2009) distinguió tres tipos de interculturalidad: la interculturalidad relacional que enfatiza el contacto entre personas, prácticas y géneros distintos, sin ninguna mención al hecho del conflicto intercultural; la interculturalidad funcional promueve el diálogo y la tolerancia sin preguntar las causas de la asimetría social y cultural, sin cuestionar el *status quo*; y la interculturalidad crítica y de carácter descolonial es la que parte del problema estructural-colonial-racial que

apunta y requiere la transformación de las estructuras, instituciones y relaciones sociales y la construcción de condiciones radicalmente distintas de estar, ser, pensar, razonar, conocer, sentir, mirar y vivir.

Para Guerrero (2011), “no puede existir interculturalidad real, sino en un plano horizontal, ya que nos relacionamos con quienes nos consideramos iguales, en condición de equidad” (p. 43). En este ámbito, la intercultural propone un claro sentido político-social contrahegemónico y descolonizador, de ahí que se interprete como una tarea política (Restrepo, 2012). Es decir, la interculturalidad se asume por opciones de rupturas, renunciadas y compromisos. Lo intercultural, visto como diálogo, resulta un lugar epistemológico de profundas oportunidades para el aprendizaje y la revisión crítica. De acuerdo con Fernet (2004), la interculturalidad se constituye en el espacio:

donde no solamente se intercambian maneras de pensar sino donde se aprende a pensar de nuevo, y eso vale para todos... O sea que pensar, como repensar, no es solamente recontextualizar, rever los conceptos que hemos adquirido, sino también reformularlos y ver cuándo un concepto se convierte en un prejuicio o en un impedimento para ver. Eso es lo que puede promover el espacio intercultural; este espacio nos da otras luces y nos ayuda así a darles nuevas perspectivas a nuestras visiones e ideas. (p. 34)

Esto interpela al docente a asumir una apertura hacia los otros, no desde un posicionamiento de poder y autoridad, sino desde la acogida y el aporte que los otros pueden darle. Ya Freire lo decía en su *Pedagogía de la esperanza* (1992), “todos sabemos algo, todos ignoramos algo, por ello todos nos educamos entre sí” (p. 68).

Con esta predisposición me entregué al encuentro con mis nuevos estudiantes, los *profes*, como les decimos. Todo encuentro intercultural requiere tiempo y cuidado. Una de las primeras cosas que hice al iniciar las clases, fue aclarar mi propio mundo cultural y tomar conciencia de que sus formas podrían ser un obstáculo para

mis estudiantes. Indiqué de dónde vengo, cómo mi cultura me ha moldeado y que soy fruto de ella, por lo que, en algún momento, algo en mi interacción podría mal interpretarse en otras culturas. También pedí que, por favor, me ayudaran a entender términos y prácticas que eran desconocidas para mí.

Se ha dicho que el mestizaje es un *collage* de identidades, un híbrido si se quiere, por eso considero que la interculturalidad es vital para la interrelación del mundo mestizo, más que para el mundo indígena, ya que somos nosotros —como grupo cultural mayoritario— los que tenemos que aprender a relacionarnos, no desde una ubicación privilegiada, por ser mayoría, sino en igualdad. Generar un diálogo con personas nativas requiere una autoconsciencia y disposición para interactuar con mundos distintos.

Así me presenté como un “mono en la selva”, cruzado con pescado —identidad de la costa de mi padre—, que come cuy —identidad cuencana de mi madre—, que busca interactuar con la intención de generar espacios de aprendizaje en un contexto amazónico diverso, que quiere comprender al propio mundo indígena y que piensa en los estudiantes de Educación Intercultural Bilingüe como un abanico de diversidad.

No todo en la educación pasa por contenidos ni por un buen proyecto educativo, el quehacer pedagógico del docente en territorio es determinante para crear ambientes propicios que permitan el flujo de un aprendizaje enriquecedor. En el caso del proyecto de profesionalización, su propuesta no fue que los estudiantes salgan de su territorio, sino que la universidad, por medio de sus docentes, se acerque, ingrese e interactúe en el territorio del estudiante. De esta manera, el alumno aprende en su propio contexto y es el docente quien tiene que, a partir del ambiente del educando, crear espacios y ambientes afectivos para el aprendizaje.

Existen diversos cruces de miradas que deben tejerse en alteridad. El profesor y los estudiantes no son iguales en un sentido, si lo fueran no se requeriría de docentes. Los estudiantes esperan algo de un profesor y él espera algo de los alumnos, pero cuando nos quitamos

el ropaje de los roles y funciones, nos quedamos como seres humanos en igualdad que tienen su propia cultura, sus identidades, saberes, ignorancias y conflictos. Entonces, hay que generar un entorno donde se entiendan los roles y las funciones, a partir de un encuentro humano, para que la interculturalidad contribuya a interrelacionarnos, de ese modo, se puede dar lugar a una experiencia educativa agradable e inspiradora.

Es necesario que, como docentes, aprendamos a corazonar la educación. El término *corazonar* surgió como alternativa ante la visión hegemónica de la dominación de la razón; no obstante, la afectividad siempre ha estado presente en los procesos de las luchas y transformaciones sociales de los pueblos, de ahí la apuesta y la invención del término como una manera de sentir la vida y asumirla como “respuesta insurgente para enfrentar las dicotomías excluyentes y dominadoras construidas por Occidente, que separan el sentir del pensar, el corazón de la razón, seres humanos entre sí y a éstos de la naturaleza y el cosmos” (Kowii, 2011, p. 47).

Corazonar es devolver al conocimiento el sentimiento negado por la razón instrumental y la objetividad absolutista, está centrado en una visión intercultural de los saberes, una ecología de saberes, en palabras De Souza Santos (2012). Como afirma Morin, se busca devolver a la ciencia su consciencia o, como plantearon Maturana y Pörksen (2004), una biología del amor donde este “es una característica de la convivencia humana. Nos abre la posibilidad de reflexión y se funda en una forma de percepción que permite visualizar al otro en su legitimidad” (p. 38).

Es oportuno recordar que la propuesta de corazonar viene de los aportes de la sabiduría milenaria de los pueblos de Abya Yala, como indicó Guerrero (2018), en su libro, *La chakana del corazonar desde las espiritualidades y las sabidurías insurgentes de Abya Yala*:

Somos pueblos del maíz, con una ancestral raíz, desde muy atrás del tiempo, habitamos Abya Yala, donde canta el viento poemas al agua. Nosotros fuimos culturas, que hablamos con las estrellas, tejimos el

arco iris, moldeamos poemas de arcilla, y que, en nuestros templos, cantaran las piedras. Nuestra cosmoexistencia buscó la sabiduría, y el sentido espiritual, que habita en toda la vida. Porque todos somos hebras, de este gran tapiz sagrado, todos somos microcosmos, que la Gran Madre ha creado... Desde la fuerza sagrada, de su espiritualidad, Abya Yala abre senderos, para que la humanidad, transite el Sumak Kawsay, y pueda su dolor curar, y con amor y ternura, podamos corazonar. (p. 53)

Además, explica que “el corazonar se sustenta en la dimensión simbólica y la fuerza espiritual de la Chakana del mundo andino, considerada puente, ordenador cósmico y uno de los referentes sagrados más importantes de la espiritualidad de los Andes” (p. 20).

Corazonar, en el encuentro con los otros, es inspirarnos en dimensiones más amplias que las establecidas por los roles y funciones sociales; es disponernos a interiorizar ámbitos de la sensibilidad humana, para crear otras maneras de interrelacionamiento no a partir de un discurso o los convencionalismos, sino desde una experiencia real y auténtica, desde quienes somos en el encuentro humano. La educación de hoy demanda la superación de las jerarquías que dividen y violentan. Urge un relacionamiento genuino, donde rindamos las armas de nuestros posicionamientos de superioridad de cualquier índole y un uso sabio del poder para acudir a una verdadera común-uniión educativa entre docentes y estudiantes.

La interculturalidad con sus valores y propuesta propicia el diálogo entre un profesor mestizo y estudiantes nativos, lo que implica un corazonar abierto a la acogida, al abrazo, a la empatía, al respeto, a la diversidad que existe y somos, al entorno y a los mundos que se encuentran. A partir de ello, la territorialidad no es un espacio conflictivo a partir de las historias y las injusticias, sino una plausible oportunidad de mediación humana y reivindicaciones, a partir de la educación.

Referencias bibliográficas

- Fornet, R. (2004). *Crítica intercultural de la filosofía latinoamericana actual*. Trotta.
- Guerrero, P. (2018). *La chakana del corazonar desde las espiritualidades y las sabidurías insurgentes de Abya Yala*. Abya-Yala.
- Kowii, A. (2011). *Interculturalidad y diversidad*. Corporación Editora Nacional.
- Maturana H. y Pörksen B. (2004): *Del ser al hacer. Los orígenes de la biología del conocer*. Jcsaeeditor.
- Panikkar, R. (2009). *La puerta estrecha del conocimiento*. Herder.
- Preiswerk, M. (2011). *Contrato intercultural-Crisis y refundación de la educación teológica*. CLAI-Sinodal.
- Restrepo, E. (2012). *Antropología y estudios culturales. Disputas y confluencias desde la periferia siglo veintiuno*.
- Sánchez, J. (2010). *Interculturalidad para los docentes de la educación hispana en Ecuador*. CEIL.
- Walsh, C. (2009). *Interculturalidad, Estado, sociedad: Luchas (de)coloniales de nuestra época*. Abya Yala.
- Walsh, C. (2007). Interculturalidad, colonialidad y educación. *Revista Educación y Pedagogía. Universidad de Antioquia, Facultad de Educación*. Vol. XIX, Núm. 48, (mayo-agosto), pp. 25-35.